

ECO DEL SEGURO

AÑO. IX.

CIENZA 29 JUNIO DE 1913.

NÚM. 421.

Del Día

Insistiendo en algo de lo que dijimos en el pasado número, y en este mismo sitio, el pueblo español, en general, al parecer, preocupadísimo por la guerra de Marruecos, el día 25 del mes, que mañana espira, acudió á la corrida *mínstruo* celebrada en Santander, en la que se lidiaron diez y ocho toros, y en la cual actuaron las siete *estrellas* de primera magnitud, del alegre cielo de la tauro-maquia.

Verdaderamente pasma el enorme número de miles de pesetas que se depositaron en las taquillas empujándose, estrujándose la afición sudando a mares los hombres, y aun las mujeres, por ser los primeros en conseguir una localidad sea como fuere, ya al sol o la sombra, con tal de ver la más estupenda, la más grande, la más cansada corrida de toros que, hasta el día, se ha dado en España y en el extranjero.

Y, mientras que en los abruptos, pelados y áridos montes del africano suelo, nuestros hermanos bravamente pelean y fertilizan con su bendita sangre los abrasados y yermos eriales, en la plaza de Santander se escuchaban gritos ensordecedores, aplausos estruendosos y vivas y ¡óles! cada vez que uno de los diestros hacía una temeridad de esas que han dado en llamarse *elegancias*, y que jamás hicieron los Cácharas, los Frascuelos, los Lagartijos, los Guerras, y tantos otros maestreros, que sumaban a su valor probado su reconocida inteligencia, y que se elevaron al más alto punto de la gloria y del aplauso, por sí propios, no a cambio de las dádivas pródigas a los revisteros taurinos, ni a fuerza de ser retratados en la prensa, hasta en sus actos íntimos, sino que el pueblo los conocía cuando pisaban la candente arena, en la liza taurina.

Aquella misma tarde, los que antes aplaudieran, con furia loca, más tarde silvaron y apostrofaron soezmente, duramente, a los que colmaron de parabienes y arrojaron los sombreros, en un momento de borrachera de felicitación; apostrofaron á los diestros que *deshumbraron* al sol con el brillo de sus trajes y que enardecieron, á los *inteligentes*, con *lavgas*, *verónicas* y toda suerte de pases y *filigranas* en el arte de Montes, porque los diestros no *recortaron* oportuna y limpiamente, o porque dieron una estocada tendida, o porque no descabe llaron al primer intento, o porque no *se enunciaron*, como mandan los cánones! (2)

Así somos los hombres del día

Inconscientes con una inconsciencia supina, celebramos en una hora lo que a la hora siguiente censuramos sin freno, no porque así deba ser, sino porque así nosotros queremos que sea siendo la razón suprema y única de este proceder, la falta de consciencia de aquello que alardeamos que nos es conocido y la carencia absoluta de sana lógica en los cerebros de, nosotros, los *intelectuales*.

En estas horas tristes, en estos instantes dolorosos porque la madre Patria atraviesa, es cuando sus hijos parece que se dan cita para gozar más; para divertirse más, para derrochar más pródigamente el tesoro de que la pobre madre está necesitada.

En las corporaciones, en los Ateneos, en las Academias, en el Congreso, en el Senado, hasta en los teatros, se suspenden las sesiones y se levantan actas en señal de duelo, y no se celebran en estos, en los coliseos, las funciones anunciadas, aunque sean de abono, cuando muere un miembro de aquellas asociaciones, por ser un acto obligado. Y en estos momentos, en estos días en los que mueren cientos de hermanos nuestros, defendiendo la integridad del suelo patrio, y los derechos del pueblo español, ¿no

pueden suspenderse los actos, las manifestaciones de alegría, como prueba de que nos acordamos de aquellos que sueñen, como héroes?

Ya escucho las voces que en mí contra se levantan, llamándome.. no se cuantas cosas.

En vano ilustres publicistas escribieron mucho en contra de las corridas de toros; porque el pueblo ibero, cuanto son mayores sus penas, de más peso sus disgustos y más enormes sus desgracias, entonces más se olvida de todo y más se entusiasma á los acordes de un pasodoble torero, y con el relampar de los adornos de los trajes de *lucos*, y con el hervidero del ir y venir á la plaza, bajo los abrasadores rayos de un sol africano.

¡Y luego nos quejamos de la mala administración de nuestros gobernantes y de lo perdida que es-

tá la nacional hacienda, cuando somos nosotros los primeros que no sabemos administrarnos, y cuando comprometemos nuestras rentas para gastarlas en ir á corridas de toros, olvidándonos de nuestras obligaciones sagradas!

No recordamos cuando, ni donde, pero si estamos seguros de haber estampado en estas columnas los versos que hoy reproducimos de un escritor *castizo*, de un vate gloria de nuestro suelo, que dicen:

«Antes volveranse mores
toditos los españoles,
que renunciar á sus óles,
y á sus corridas de toros.

Y es una verdad. ¿Que se muere la Patria? ¿Que nuestros hermanos secumben en Africa? ¿Que somos pobres? ¿Que la ruina nos amaga?... ¡Todo es nada!...

¡¡A los toros!! ¡¡A los toros!!

R. M.^a CAPDEVILA.

GRANADA

(IMITACIÓN DE VÍCTOR HUGO)

Ya remota, ya cercana,
nazarena ó musulmana,
no hay ¡oh España capital!
que dispute sin locura
la palma de la hermosura
á Granada la ideal;
ni que atesore en su seno,
bajo cielo más sereno,
más rica pompa oriental.

Naranjos tiene Murcia; palmeras Alicante;
Oviedo muestra altiva su torre al caminante,
Ageda el monasterio que Edmundo levantó;
Segovia el régio alcázar—¡insigne monumento!—
y el célebre acueducto que lleva por el viento
las aguas de un torrente que al monte arrebató.

Llén sus torres; Barcelona
el faro que la corona
retratándose en el mar;
Poblet lucillos y arneses
de reyes aragoneses
al pie del sagrado altar;
Éibar las fraguas ardientes
que cual volcanes hirvientes
se ven de noche humear.

El pez que abrió los ojos al mísero Tobía
nada en tu verde golfo, feliz Fuenterrabía;
Madrid la tumba encierra de Isidro su patrón

